

Enriqueta García Pascual
es profesora de Filosofía.

Amistad y androcentrismo: la doble exclusión de lo femenino

Enriqueta García Pascual

La amistad es la ciencia de los hombres libres.
Albert Camus

*Entre los individuos la amistad nunca viene dada,
sino que debe conquistarse indefinidamente.*
Simone de Beauvoir

En el día a día la amistad no suele plantearse como un problema teórico sino como una situación que se vive guiada por el sentido común y por las necesidades de tipo práctico del sujeto que siente ①. Sin embargo, la amistad ha sido objeto de investigación científica y de reflexión filosófica. Las ciencias sociales han descrito la relación, los filósofos han destacado su fuerte componente ético. Al hablar de la amistad, las ciencias sociales hacen una descripción del funcionamiento específico de esta relación interpersonal, es decir, de lo que es la amistad como fenómeno sociocultural. Los grandes discursos filosóficos sobre la amistad, al ligarla a la virtud, le han dado un carácter canónico: lo que debe ser.

Pues bien, en este artículo trataré de defender tres hipótesis:

– Que el contenido ético de la amistad provoca una *radicalización de los principios básicos de las relaciones de amistad* que nos describen la ciencias sociales. Del mismo modo las pautas o reglas de la relación de amistad se convierten en el discurso filosófico en *leyes universalizables de tipo moral*.

– Que mientras las ciencias sociales han considerado la amistad como un fenómeno meramente masculino, en el discurso filosófico se ha producido una *doble exclusión de lo femenino*: exclusión de la amistad del varón con la mujer y exclusión de la amistad entre mujeres.

– Y que esta doble exclusión tiene sus raíces en la *incompatibilidad* entre la *definición de la amistad* y la *conceptualización de lo femenino* que genera el discurso filosófico patriarcal.

*Relación personal,
libre e igualitaria*

Aunque al hablar de los sentimientos se enfatiza su espontaneidad, los sentimientos también se aprenden. Las formas sociales establecidas de comportamiento afectivo y los procedimientos interpretativos de los sentimientos propios o ajenos, son culturales y son asimilados por cada individuo en el proceso de socialización. Las relaciones personales que se establecen a lo largo de la vida se conceptualizan como amistad, amor, compañerismo, respeto, cariño, etc. y se actúa de acuerdo con las pautas de comportamiento propias de esos afectos. Si un individuo considera que su vinculación con otro es amistad tenderá a comportarse con él según las pautas propias de la amistad vigentes en su cultura. Su acción posibilitará, sin duda, una relación de amistad, pues el otro comparte parecidos conceptos y comportamientos ②. Pero no sólo *la amistad se aprende por*

① Vid. Bernabé Sarabia Heydrich, «También se aprende a amar», en *Revista de Occidente*, nº 15-16, 1982, Madrid.

② Vid. J. Toro Trallero, *El comportamiento humano*, Salvat, Barcelona, 1982, p. 47.

socialización, a su vez los amigos se convierten en uno de los agentes socializadores más destacados. El diálogo con los amigos es una fuente de conceptos y categorías para la descripción del mundo, para la comprensión de los acontecimientos y de los procesos sociales. Los amigos son, pues, importantes para la propia construcción de la realidad. Del mismo modo, a través de los temas de conversación y los puntos de vista que se proyectan mutuamente, los amigos construyen su propia identidad.

Las ciencias sociales suelen caracterizar la amistad como una relación *personal, voluntaria e igualitaria*. Estos tres rasgos sirven para diferenciarla de otro tipo de relaciones como el parentesco, los compañeros de trabajo y la relación mercantil. Se considera una relación de carácter personal, en un doble sentido: se basa en la *elección mutua* y las *pautas de la relación son responsabilidad de los amigos*, no reglas impuestas desde fuera. Pero, como señala el sociólogo Félix Requena, la amistad no sólo está en función de la elección personal, no hay que olvidar la influencia de la estructura social sobre el carácter de las relaciones personales. Los mismos estilos de vida, posiciones sociales parecidas, niveles de educación similares, son condiciones idóneas para que el conocimiento posibilite la amistad. La elección de las amistades se muestra como un proceso complejo que está en función de la proximidad espacial, las oportunidades estructurales y las preferencias personales. La *libertad en la elección* del amigo queda reducida, pues, a lo permitido por la estructura social *predeterminada por el origen*: familiar, escolar, urbano, de clase, etc. de cada individuo. En suma, se pueden tener los amigos que la estructura social nos permite ③.



③ Vid. Félix Requena, *Amigos y redes sociales*, Siglo XXI, Madrid, 1994, pp. 129-130.

Toda relación de amistad implica un equilibrio de *conducta recíproca*. Aunque lo que los amigos intercambian exactamente depende de las personas implicadas en la relación, podemos diferenciar dos tipos de intercambios: los instrumentales y los afectivos o expresivos. Los intercambios instrumentales pueden considerarse menos personales, son más tangibles y proporcionan siempre algún tipo de asistencia material. En cambio, los afectivos o expresivos son por naturaleza más personales, más simbólicos: apoyo emocional, solución a problemas, consejos, signos de afecto... Pues bien, uno de los rasgos más interesantes desde la perspectiva sociológica es el de la *igualdad en el intercambio*, cualquiera que sea la forma que adopte: que no haya mucha diferencia entre las expectativas de la amistad y lo invertido en ella ④.

④ Vid. Félix Requena, op. cit., pp. 14-17.

Según la antropóloga Josepa Cucó, el carácter personal, la voluntariedad y la igualdad son características de las relaciones de amistad que se pueden extender a otras culturas siempre que no entendamos estos conceptos de forma restringida. La idea de voluntariedad tal como se define en la moderna cultura occidental, como elección libre, sin ningún tipo de ataduras y coacciones externas, parece estar en las antípodas de lo que ocurre en otras sociedades. En algunas de ellas encontramos la amistad heredada, fuertemente formalizada, cuyo vínculo se transmite a los descendientes de los amigos. Pero incluso en estas amistades institucionalizadas hay un *componente voluntario: personas particulares eligen a sus amigos dentro de un potencial de posibilidades*, descartando a otros que no son seleccionados. Algo similar ocurre con la noción

personal. La relación de amistad sigue siendo una *relación personal* si por ésta entendemos una *relación no sustituible*, es decir una relación en la que al cambiar los copartícipes cambia la relación de forma palpable.

En las sociedades modernas se resalta la igualdad como componente imprescindible de la amistad. Y para reducir el riesgo de instrumentalización de la amistad (dónde acaba la amistad y empieza el interés) se pone el acento en la carga afectiva o expresiva de la relación. Pero en otras sociedades no se da la igualdad como ausencia de instrumentalidad, y en consecuencia se podría rechazar la igualdad como atributo esencial de la noción de amistad. Ahora bien, la igualdad, para Cucó, no tiene por qué ser sinónimo de antiinstrumentalidad. Si la instrumentalidad puede ser



recíproca se mantiene la igualdad. Que la devolución no sea necesariamente inmediata destaca la confianza por encima de la importancia del intercambio instrumental. La idea de *igualdad*, compartida por otras culturas, debe entenderse mejor como una *relación en la que en principio no tienen cabida ni la jerarquía ni la autoridad* ⑤.

⑤ Vid. Josepa Cucó, *La amistad*, Icaria, Barcelona, 1995, pp. 26-31.

*El más alto de los bienes,
la más bella de las virtudes*

Aunque sin duda los cambios en las estructuras sociales inciden en las diversas concepciones de la amistad, los discursos filosóficos también pueden revertir en su práctica. El contenido ético de la amistad ressignifica los principios básicos de las relaciones de amistad que nos describen las ciencias sociales en tanto que relación personal, voluntaria e igualitaria.

⑥ Vid. Kant, *Metafísica de las costumbres*, Tecnos, Madrid, 1989, p. 348.

⑦ Vid. Cicerón, *La amistad*, Temas de Hoy, Madrid, 1998, pp. 3-9.

⑧ Vid. Cicerón, *La amistad*, Temas de Hoy, Madrid, 1998, pp. 3-9.

⑨ Vid. marquesa de Lambert, *Tratado de la amistad*, 1781 (cedido por la Biblioteca Nacional), p. 190.

⑩ Vid. P. Laín Entralgo, *De la amistad*, Austral, Madrid, 1985, pp. 104-115.

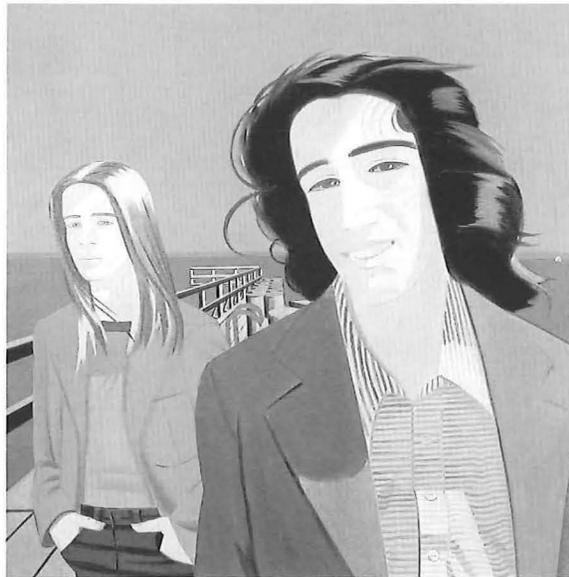
Los filósofos hablan de la *amistad verdadera*, rara como un cisne negro ⑥, en la conocida expresión kantiana, para distinguirla de las amistades corrientes. Así, Aristóteles, que señala tres clases de amistad: la de los que se aman por interés, la que busca el placer y la que se basa en la virtud de los amigos, concede sólo a esta última el estatus de verdadera ⑦. Para Cicerón la relación social se convierte en amistad por obra de la virtud. Es la misma virtud la que engendra y conserva la amistad: es un privilegio de los hombres buenos ⑧. La amistad nos impone el deber de ser virtuosos, nos dice madame Lambert ⑨. Y Kant, que distingue también tres clases de amistad: la de la necesidad, la del gusto y la moral, destaca al igual que Aristóteles, la amistad moral como la superior ⑩.

En este contexto, «verdadera» no significa la que se da de hecho y que puede ser descrita por las ciencias sociales. «Verdadera» es la amistad en su perfección, la ideal. Entramos en el ámbito del deber ser, del paradigma al que se invita y sólo unos pocos consiguen. No se trata de descubrir lo que se tiene sino de construir lo que se quiere. Somos capaces de proponernos fines y de concebir una forma de relación que todavía no existe, y de proyectar construirla. La amistad es entonces entendida como *un bien en sí al que se aspira* ⑪ (en versión aristotélica), o como un *deber moral* ⑫ que hace al hombre digno de la felicidad (en versión kantiana). Nietzsche, más radical, considera que la amistad no es ni una realidad existente ni un ideal utópico, es una realidad del porvenir. Porque lo que el mundo ofrece a la contemplación del visionario Zaratustra no es todavía amistad verdadera; es simple camaradería ⑬.

⑪ Vid. Aristóteles, *Ética Nicomachea. Ética Eudemia*, op. cit., pp. 489-490.

⑫ Vid. Kant, *Metafísica de las costumbres*, op. cit., p. 345.

⑬ Vid. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1973, pp. 64-66.



Y ¿cómo es definida esa amistad verdadera? Tal como la piensan los filósofos, la amistad verdadera es la más auténtica realización de la libertad personal en las relaciones humanas. La amistad debe entenderse como un *hábito de la libertad*, no como mera tendencia social. Es un ejercicio constante de libertad. No sólo se inaugura como un acto de libertad, es un *continuum* de actos libres, pues la amistad no es algo adquirido para siempre, no está nunca concluida, *debe conquistarse indefinidamente*. No es un estado, es una actividad, una *construcción a dos que requiere tiempo y empeño*: el deseo de amistad puede ser rápido, la amistad no ⑭. Es, por tanto, una preferencia voluntaria que se renueva día a día. Y siempre podemos detener esa tarea: anulado el afecto, se destruye la razón de la amistad. Son los sujetos individuales, autónomos e irreductibles, los actores insustituibles de la tarea de hacer la amistad. Por eso, la amistad amplía el campo de la libertad personal porque permite que nos constituyamos como *individuos*, liberados de las limitaciones y ataduras de otro tipo de relaciones afectivas más propensas a predeterminaciones. Y porque, más que en ningún otro tipo de relación, queremos ser queridos por una persona libre: querer al otro libremente porque es libre para quererme. *Reciprocidad*, por tanto, *en el protagonismo en la elección del otro*.

Por otro lado, la amistad verdadera es caracterizada como *absolutamente desinteresada*. No puede estar guiada jamás por el interés o por el provecho, cosa que sí suele suceder en las amistades corrientes. En la tradición aristotélica se ama al amigo por lo que es, una realización individual de la naturaleza humana, quien es virtuoso tiende a la amistad. Montaigne inicia la actitud moderna ⑮ que funda la amistad sobre la personalidad propia de cada uno de los amigos: «Si me preguntan por

⑭ Vid. Aristóteles, *Ética Nicomachea. Ética Eudemia*, op. cit., pp. 328-329.

⑮ Vid. P. Laín Entralgo, *De la amistad*, op. cit., pp. 101-102.

⑫ Montaigne, *Ensayos*, «De la amistad», Ediciones Orbis, Barcelona, 1984, p. 139.

⑬ Vid. Cicerón, *La Amistad*, op. cit., pp. 57 y 61.

⑭ Vid. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, op. cit., p. 66.

⑮ Vid. marquesa de Lambert, *Tratado de la amistad*, op. cit., pp. 121-122.

⑯ Cicerón, *La amistad*, op. cit., pp. 57-58.

⑰ Cicerón, *La amistad*, op. cit., p. 77.

⑱ Vid. Alberoni, *La amistad*, Gedisa, Barcelona, 1985, p. 59.

qué amé a mi amigo, contestaré del único modo que ello puede expresarse: “Porque él era él y yo era yo.”» ⑫. Se ama al amigo por quien es, la concreción psicológica y moral de una persona singular. Hay relaciones que benefician al sujeto, en la amistad es el objeto amado el beneficiado, se ama a la otra persona por sí misma, con independencia de los efectos que causa en uno mismo. Se ama al amigo por sí mismo, no por lo que procura. Y, sin embargo, aunque no se haya buscado el provecho en lo más mínimo, este florece como consecuencia: la amistad no es fruto de la utilidad, la utilidad es fruto de la amistad. Por eso la amistad verdadera no contempla una exacta proporción entre las cosas recibidas y entregadas pues en ella nada se escapa ni cae en barbecho, ni se amontona ⑬.

La *reciprocidad* no tiene en la amistad el sentido de mero intercambio. En la amistad verdadera no se da al amigo sólo algo de lo que se tiene o de lo que se hace (intercambio instrumental y afectivo). En la amistad auténtica se da algo más, algo de lo que uno es. Por eso, y en palabras de Nietzsche: donde hay pobreza y avaricia de alma no puede haber amistad ⑭. La causa, meta y fruto de la amistad es la propia amistad. Y, sin embargo, los amigos nos ayudan a crecer, a ser mejores, a ser lo que queremos ser. Porque como dice madame Lambert ⑮: la amistad alimenta al alma,

La igualdad como ausencia de jerarquía o de autoridad es, tal como hemos visto, un requisito de las relaciones de amistad. Porque «¿quién podría amar al que se teme? y ¿quién podría amar a ese otro que tiene miedo?» ⑯. Pero la *igualdad* que define a la amistad verdadera es más ambiciosa. Es una propuesta de relación afectiva que debe compartirse ineludiblemente: *amar ser amado en una posición de correspondencia mutua*. Es ésta una relación entre pares que entienden su diferencia en tanto individuos como igualmente digna de respeto. «El amigo es un *alter ego*» ⑰. La exigencia de igualdad pasa por el reconocimiento de la singularidad y de la autonomía de la persona del amigo sobre quien no se puede ejercer ningún tipo de tiranía. No es posible mostrarse superior moralmente al amigo y pretender gobernar su vida. Es necesario constituirse libremente como sujetos, el amigo puede ayudar en esa tarea personal, nunca sustituirla. Por ello la amistad verdadera exige también *igualdad ética*. Sólo desde la consideración del otro como un igual y del mantenimiento de la relación como un pacto de equipotencia, es posible la amistad. La amistad es, así, la *libre conjunción de dos individualidades que se quieren libres e iguales*. Es, en palabras de Alberoni, una virtud democrática y republicana ⑱.

En fin, es una constante en el discurso filosófico la superioridad de la amistad, que se va definiendo en contraste con las relaciones de parentesco y con el amor, frente a cualquier otro tipo de relación interpersonal. No es sólo una relación interpersonal específica, sino que se considera la más perfecta de las relaciones humanas: *el más alto de los bienes y la más bella de las virtudes*.

Los deberes de la amistad

Por todo ello, en filosofía los deberes de la amistad no son ni obligaciones recíprocas institucionalizadas ni se limitan al seguimiento de unas pautas de carácter privado, son leyes de la amistad, *normas universalizables* que parecen definirla como *el auténtico trato humano*. De lo que pensamos y queremos sentir a lo que sentimos realmente hay un hiato y en él surgen los deberes de la amistad.

No pedir cosas injustas y en ningún caso hacerlas, se convierte en la primera ley de la amistad. Ya en Aristóteles encontramos la afirmación de que los amigos hacen el bien y se impiden mutuamente el mal. Pero es Cicerón quien nos propone el caso de Cayo Blossio contado por Lelio para formularla. Tiberio Graco en su intento de vejar la República, fue abandonado por sus amigos, salvo por Cayo Blossio. «Cayo Blossio (...) para suplicarme perdón, alegaba esta causa para que yo le perdonase, el que era tanta su estimación por Tiberio Graco, que pensaba que debía hacer cualquier cosa que él quisiera. Entonces yo le dije: “Si él quisiera que tú prendieses fuego al Capitolio, ¿tú lo harías?”

23 Cicerón, *La amistad*, op. cit., pp. 46-47.

“Nunca –dijo– hubiese querido algo parecido”. “Pero, ¿y si lo hubiese querido?” “Habría obedecido”. ¡Ya veis qué contestación tan criminal!. Jamás pida un amigo cosa deshonrosa al amigo» 23.

Cuando Montaigne retoma el caso de Cayo Blosio introduce una sorprendente reflexión que, sin duda, es debida al énfasis que pone en la personalidad del amigo como fundamento de la amistad. Quienes condenan la respuesta de Blosio a Lelio –dice– «no comprenden su secreto ni presuponen, como era verdad, que Blosio conocía la voluntad de Graco, y que eran más amigos que ciudadanos: más amigos que amigos o enemigos de su país; más amigos, en fin, que amigos de la ambición o de la perturbación. Estando perfectamente entregados el uno al otro, los dos tenían en su mano las riendas de sus mutuas voluntades y guiaban todo este aparejo por la virtud y consejos de la razón, sin los que es imposible gobernarlo. Por eso las respuestas de Blosio fueron las que debían ser. Si él y Graco hubiesen separado sus actos, opino que no habrían sido amigos el uno del otro, ni aun de sí mismos. Por otra parte, esa respuesta pudiera parecerse a cuál sería la mía si me interrogase alguno: “¿Matarías a vuestro hijo si vuestra voluntad os lo ordenase?” Aun si yo respondiese que sí, esto no prueba consentimiento alguno en hacerlo, porque no tengo duda alguna de mi voluntad, como no la tuve de la de tal amigo» 24. Es decir, uno sabe con la certeza con la que se conoce a sí mismo que su verdadero amigo no pediría cosas injustas. Y si le pide algo, lo que le pide no puede ser algo incorrecto. Podríamos decir que Montaigne mantiene la validez de la primera ley de la amistad pero sin dudar de la virtud del amigo.

24 Montaigne, *Ensayos*, op. cit., pp. 139-140.

Es interesante, también, la forma de interpretar la primera ley de la amistad que realiza Alberoni. ¿Se puede ser amigo de alguien que no sea virtuoso? Aunque el comportamiento fuera de la amistad no sea siempre correcto, si no se pide nada malo al amigo, con él se muestra el aspecto mejor de uno mismo y se cumple, por tanto, la norma de no pedir cosas deshonestas al amigo. No obstante, nos dice Alberoni, este tipo de amistad es frágil porque impide la sinceridad por la necesidad de ocultar ante el amigo los propios defectos. Y la amistad, como sabemos, exige franqueza y conocerse cada vez mejor 25.

25 Vid. Alberoni, *La amistad*, op. cit., pp. 42-45.

26 Vid. Cicerón, *La amistad*, op. cit., pp. 83-90.

27 Vid. Nietzsche, *Aforismos*, Edhasa, Madrid, 1994, p. 15.

28 Vid. Nietzsche, *Aforismos*, op. cit., p. 32.

29 Vid. P. Laín Entralgo, *De la amistad*, Austral, Madrid, 1985, pp. 104-115.

30 Vid. marquesa de Lambert, *Tratado de la amistad*, op. cit., pp. 129-130.

Hay que *desechar la adulación y la condescendencia* como enemigos de la amistad puesto que, según Cicerón ponen de manifiesto hipocresía y superficialidad: la verdad antes que la complacencia 26. Nietzsche entiende que aunque hay que ser un lugar de descanso para los amigos, hay que ser un lecho duro, de campaña 27. Sólo de esta forma los amigos se ayudan uno al otro a «crecer» recatamente 28. Frente al halago y la complacencia, es deber de amistad *corregir y reprender al amigo*. Hacerlo sin aspereza y recibirlo con paciencia. Es imprescindible una «respetuosa cautela» 29 para no traicionar el requisito de la igualdad colocándose en una posición de supuesta superioridad moral. Aunque haya que advertir con prudencia a los amigos acerca de sus defectos –dice madame Lambert–, no hay que mostrar superioridad ni en fortuna y talento ni en virtud 30.

Acompañar al amigo en la desgracia y no despreciarlo en la prosperidad es otro de los deberes de la amistad. Para Aristóteles, la presencia de los amigos no es sólo deseable en la desdicha, también lo es en la prosperidad por la necesidad en esos momentos de hacer el bien a quienes queremos. En cualquier caso, hay que actuar de forma inversa: el que sufre debe evitar hacer sufrir al amigo pero éste debe acudir solícito a atenderlo; el que está en tiempos de prosperidad debe compartir con el amigo y éste no aprovecharse de sacar beneficio, aunque tampoco rechazar los favores para no ofender al amigo obsequioso 31. También para Cicerón quien en una y otra ocasión se mantiene firme y constante en su amistad demuestra ser una clase de hombre infrecuente, casi divino. Y es que «el amigo cierto se conoce en el hecho incierto» 32. En la misma línea Montaigne hace una peculiar interpretación de los favores en la amistad. El que recibe favores permite al amigo la satis-

31 Vid. Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, *Ética Eudemia*, op. cit., pp. 375-377.

32 Vid. Cicerón, *La amistad*, op. cit., p. 66.

③ Vid. Montaigne, *Ensayos*, op. cit., p. 141.

facción de realizar aquello que más desea: ayudar al amigo. Por tanto, aceptando favores se concede al amigo la gracia y el favor de utilizarlo en la propia necesidad ③. Parece ser que, para Montaigne, no sólo hacer favores sino también recibirlos es una muestra de generosidad.

④ Vid. P. Laín Entralgo, *De la amistad*, op. cit., p. 115.

El *respeto a la autonomía personal* es enfatizado por Kant como un deber que supone la sacralidad de la propia persona y de la persona del otro ④. Recordemos que para Kant es un deber ético (el imperativo categórico) evitar la instrumentalización de los seres humanos. La *franqueza* y la *fidelidad*, la constancia y el *guardar los secretos confiados* son otros tantos deberes de los amigos que recogen los grandes pensadores de la amistad. Para madame de Lambert, por ejemplo, el secreto es un depósito del que no podemos disponer, pues no es hacienda nuestra ⑤.

⑤ Vid. marquesa de Lambert, *Tratado de la Amistad*, op. cit., p. 130.

Ahora bien, no parece que estas leyes puedan ser aplicadas de forma mecánica. De hecho pueden, incluso, entrar en conflicto. Diríamos, más bien, que deben activarse de manera permanente para adaptarse a cada situación. Hay que decidir en acción qué es justo y qué no lo es, hasta dónde la franqueza y hasta dónde la «respetuosa cautela» para asegurarse el afecto del amigo, cuándo y cómo debemos recibir y cuándo debemos rechazar, cómo corregir sin mostrarse superior moralmente... Podríamos decir que se requiere la virtud de *la prudencia* entendida en el sentido clásico, como un saber no sujeto a reglas técnicas, sino el arte de saber concretar en el caso particular la regla universal.

La doble exclusión de lo femenino

⑥ Vid. Derrida, *Políticas de la amistad*, Trotta, Madrid, 1998, p. 308.

¿Y qué pasa con las mujeres? O, más bien, ¿qué pasa con los varones? Nos encontramos con una doble exclusión de lo femenino: exclusión de la amistad del varón con la mujer y exclusión de la amistad entre mujeres ⑥.

La antropología y el resto de las ciencias sociales, han considerado la amistad como un *fenómeno meramente masculino ligado al espacio público* reservado a los varones. Las mujeres recluidas en el espacio de lo privado, se consideraban incapaces de amistad por la dificultad para la lealtad: rivalidad entre las solteras para atraer a los hombres, absorbidas las casadas por la cotidianidad de la vida doméstica. Las recientes investigaciones muestran la opacidad androcéntrica de los anteriores estudios antropológicos y ponen de manifiesto tanto la importancia de las *redes femeninas* como la existencia de la *amistad intersexos*.

Según Josepa Cucó, la amistad es una relación cuyos límites son con frecuencia borrosos, es difícil saber dónde empieza y dónde acaba, cuándo aparece o cuándo se convierte en otra cosa distinta. Pero además, en la cuestión que nos ocupa, se despliega en un terreno rodeado de peligros. Una ligera inflexión, puede llegar a hacer de ella una relación socialmente sospechosa. Cuando une a hombres y mujeres, la sociedad suele recelar que se están quebrantando las normas morales del decoro sexual; si surge entre personas del mismo sexo, sobre todo mujeres, tampoco es del todo extraña la sospecha de homosexualidad ⑦.

⑦ Vid. Cucó, *La amistad*, op. cit., pp. 129, 130.

La sociología reciente aborda las *diferencias entre la amistad femenina y la masculina* y las *dificultades de la amistad heterogénea*. Ambos problemas son, en todo caso, fruto de la *sociación diferencial* de varones y mujeres. La amistad femenina parece centrarse en mayor medida en la conversación, en la semejanza de valores, en la ayuda mutua y en el intercambio emocional. La amistad masculina se caracteriza con mayor frecuencia por hacer cosas juntos, compartir objetivos e intereses y por la participación conjunta en alguna experiencia. También son más abundantes las experiencias no verbales de afecto entre las amigas que entre los amigos varones. Por otro lado, las relaciones de amistad con el otro sexo requieren un entorno social particular: similitud de estatus y de roles. Por ello son más frecuentes este tipo de amistades entre colegas y compañeros de trabajo ⑧.

⑧ Vid. Félix Requena, *Amigos y redes sociales*, op. cit., pp. 61-71.

No es desdeñable la abundante literatura, femenina o no, que en las últimas décadas ha denunciado la infravaloración de la amistad entre mujeres como una parte del conjunto total de las *infravaloraciones sociales de lo femenino*. Proponen otro punto de vista que invertiría los términos: las *limitaciones de los varones a la hora de hablar de sentimientos* frente a la *mayor expresividad y emotividad de las mujeres* ③.

③ Vid. Eichenbaum y Orbach, *¿Qué quieren las mujeres? Agridulce*. Hite, *Mujeres y amor*. Informe.

Y ¿qué dicen los filósofos? Según Mónica Bolufer desde los clásicos a los ilustrados, pasando por los humanistas, existe la polémica acerca de la disposiciones de los dos sexos para la amistad. Los antiguos, como los modernos (las voces discordantes suelen ser silenciadas, aunque aquí rescataremos dos de ellas: madame de Lambert y madame d'Épinay), defendían un *ideal de amistad viril y elitista*. Los varones cultos y refinados eran los únicos capaces del afecto desinteresado y contenido que definía el vínculo. Las mujeres, se afirmaba, eran menos dadas a la moderación y, en cualquier caso, se orientaban «naturalmente» al círculo familiar ④. Recordemos que la amistad se va definiendo como relación jerárquicamente superior al amor.

④ Vid. Mónica Bolufer, *Representación de los espacios públicos y privados* (en prensa).

Hagamos un recorrido histórico. Aristóteles utiliza, por extensión, el término *amistad* para referirse al vínculo afectivo en la relación padres e hijos, en «la del hombre y su mujer», incluso en la del gobernante y el súbdito, no obstante estas relaciones, al no cumplir el requisito de la igualdad, no son amistad en sentido estricto. Y al comparar las relaciones familiares con las distintas formas de gobierno, pone de manifiesto la desigualdad en la relación entre varones y mujeres y en consecuencia la imposibilidad de amistad verdadera. Mientras que la amistad entre hermanos se parece a la timocracia, la del marido y la mujer es la misma que la de la aristocracia. Su relación se parece más a la del gobernante y súbdito, donde al primero le corresponde la excelencia y la superioridad ⑤.

⑤ Vid. Aristóteles, *Ética Nicomaquea*. *Ética Eudemia*, op. cit., pp. 343-344, 504-505.

Del mismo modo Cicerón, para mostrar que no son la debilidad vital y la indefensión social las razones principales de la relación amistosa, arguye que si fuese así sería más frecuente la amistad entre mujeres que entre hombres, entre pobres más que entre opulentos, entre desgraciados más que entre los que se creen felices. Lo que no es el caso ⑥.

⑥ Vid. Cicerón, *La amistad*, op. cit., p. 53-54.

Las mujeres, para Montaigne, carecen de cualidades para la relación de amistad, les falta capacidad de compenetración y comunicación y, fundamentalmente, constancia y firmeza. Sin embargo, dice, si estas fueran capaces podría producirse una alianza no sólo de las almas sino también de los cuerpos y la amistad sería más total y plena. Pero la ausencia de ejemplos le ratifica en la incapacidad de las mujeres. Por eso, concluye que «por asenso común de las antiguas escuelas, se ha excluido a la mujer de la amistad», la relación humana por excelencia ⑦.

⑦ Vid. Montaigne, *Ensayos*, op. cit., p. 137.

Madame Lambert comparte el pesimismo de Montaigne acerca de la amistad entre mujeres: «Las mujeres no pueden ser amigas, no se unen por gusto sino por necesidad y la amistad es una unión por virtud y por mérito personal, no por necesidad». Este pesimismo parece extenderse también a la amistad entre varones donde puede darse la envidia y la concurrencia. Pero se muestra optimista respecto a la amistad entre varones y mujeres que considera superior a la relación amorosa. El amor es pasión turbulenta y puede tener efectos negativos a la larga, la amistad es un gozo de razón más puro y constante. Aunque, todo hay que decirlo, en la amistad intersexos mantiene los estereotipos: las mujeres hablan al corazón y los varones al entendimiento ⑧.

⑧ Vid. marquesa de Lambert, *Tratado de la amistad*, op. cit., pp. 113-138, 136-138.

Madame D'Épinay, contemporánea de Kant, es mucho más radical que madame Lambert en la reivindicación de la igualdad al polemizar con Montaigne. Montaigne –dice– decide claramente la cuestión en contra de las mujeres como aquel juez que temía tanto ser parcial que había adoptado como principio hacer siempre perder el proceso a sus amigos. Es la sociedad y la educación la que produce las diferencias entre mujeres y varones, sólo los prejuicios sustentan la inferioridad de las mujeres. Las

mujeres, como los hombres, tienen la constancia y el coraje que requiere la amistad. En ellas el coraje es un don de la naturaleza como lo es en los hombres: el luchar contra las molestias, las dificultades, los obstáculos... pertenece a la esencia de la humanidad y las mujeres no están excluidas de ella ④5.

Tampoco, para Kant, pueden acceder las mujeres al estatuto de la amistad en su perfección. Es sabido que el defensor de la igualdad y la libertad individual no tiene recato en afirmar que la ley de sumisión de la mujer al varón no está en conflicto con la igualdad natural. Puesto que la base de la dominación se encuentra en la superioridad natural de la capacidad del varón sobre la mujer. Mientras que los varones se interesan por la cosa pública, la mujer se restringe al interés doméstico. Por ello las mujeres no se muestran tan amigables entre sí como los varones: rivalizan entre ellas tratando de agradar a todos el sexo masculino, pues tienen como único objetivo el matrimonio ④6.

Según Laín Entralgo, después de Kant, el tema de la amistad no mantiene ya el lugar que había ocupado en los filósofos que hemos nombrado. La amistad se «disuelve» en camaradería en Hegel, Comte y Marx. La vinculación amorosa es mero sentimiento social que puede tener como objetivo llevar a término una empresa común. Y, a pesar del entusiasmo con el que el romanticismo cultivó y ensalzó la amistad, nada nuevo aporta en lo tocante a una verdadera concepción teórica de la amistad ④7. Hay, no obstante, en esta época un reconocimiento explícito de la plena capacidad de las mujeres para una relación de amistad. Pero, se debe ser «femeninamente» amiga y «virilmente» amigo.

Por eso para Nietzsche la amistad era una realidad del porvenir. Las mujeres sólo conocen el amor que las hace ciegas para todo lo demás, todavía no son capaces de amistad. Nietzsche mantiene la tradicional jerarquía entre el amor y la amistad. El amor está por debajo de la amistad porque es una relación de inferioridad/superioridad, de esclavitud/tiranía. Y la amistad es libertad e igualdad. Para la mujer la amistad sigue siendo inaccesible pues sólo se dedica al amor. «En el amor de la mujer hay injusticia y ceguera para todo lo que ella no ame. Y aun en el amor consciente de la mujer hay siempre –al lado de la luz– la sorpresa, el relámpago y la noche. La mujer no es todavía capaz de amistad. Gatas, esto es lo que son siempre las mujeres: gatas y pájaros. O, en el mejor de los casos, vacas. Todavía la mujer no es capaz de amistad» ④8. Es decir, la madre-nodriza (como una vaca) es quizá humana, pero no la amante: gatas y pájaros (tirano/víctima) ④9. Ahora bien, los varones están en un caso parecido. Entre los varones hay camaradería, pero no amistad, no son todavía lo bastante generosos para ello. No obstante, Nietzsche en otros momentos se muestra más optimista con respecto a la amistad, incluso cree posible la amistad entre varones y mujeres siempre que no haya atracción sexual. Para conservar la amistad varón/mujer –dice– es preciso que coadyuve una pequeña antipatía física ⑤0.

La misma Simone de Beauvoir encierra la amistad femenina en el ámbito doméstico y privado, en el que, sin varones, pueden mostrarse con mayor autenticidad. Sin embargo considera que esta complicidad femenina no llega a ser verdadera amistad, puesto que no construyen sus relaciones sobre su singularidad sino sobre su generalidad, se identifican unas con otras. Y esta identificación hace surgir, a la vez, una rivalidad hostil entre ellas fruto de su relación con los varones ⑤1.

Para mostrar la persistencia de ésta concepción de la amistad como algo esencialmente masculino, valgan dos ejemplos periodísticos. Cuando se publicó en España el libro *Milena* de la escritora Margarete Buber-Neumann, en el periódico *El País* apareció una reseña firmada por Felipe Mellizo en la que se decía: «Y he aquí *Milena*. Se llamó Milena Jesenska, era checa. Fue amante de Franz Kafka. Murió en el campo de Ravensbrück. Todas esas cosas son difíciles: acaso ninguna tanto como haber sido amante de Franz Kafka. Margarete Buber-Neumann da en estas páginas testimonio de una honda amistad entre mujeres, una amistad entre leales compañeras de infortunio,

④5 Vid. Madame d'Épinay, «Carta al abate Galiani», en *La ilustración olvidada*, Antrophos, Madrid, 1993, pp. 82-86.

④6 Vid. Kant, *Antropología práctica*, Tecnos, Madrid, 1990, pp. 42-50.

④7 Vid. P. Laín Entralgo, *De la amistad*, op. cit., pp. 116-138.

④8 Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, op. cit., pp. 64-66.

④9 Vid. Derrida, *Políticas de la amistad*, Trotta, Madrid, 1998, p. 312.

⑤0 Vid. Nietzsche, *Aforismos*, op. cit., p. 116.

⑤1 Vid. S. Beauvoir, *El segundo sexo*, Siglo XX, Buenos Aires, 1977, pp. 321-325.

② El País, 29 de mayo de 1987.

③ El País, 14 de noviembre de 1989.

④ Vid. Alberoni, *La amistad*, op. cit., pp. 152-161.

casí diría yo que como una amistad firme entre hombres, esa relación cabal, tan noble y tan difícil de alcanzar» ②. Cuando posteriormente fallece la escritora, *El País* recoge la noticia y señala que la crítica ha comentado en varias ocasiones que *Milena* pone de manifiesto una relación que es «el arquetipo de una nueva sentimentalidad en las relaciones entre mujeres» ③. Pervivencia de una concepción viril y elitista y de la consideración de la amistad entre mujeres como algo inusitado y reciente. Incluso Alberoni, en su conocido ensayo sobre la amistad, al proponer modelos de amistad verdadera actuales (Marx y Engels, Ihering y Gerber, Horkheimer y Adorno) no señala ninguna pareja femenina o intersexos ④.

Una interpretación y una sospecha

En filosofía la doble exclusión de las mujeres ha dado lugar, como hemos visto, a todo un entramado teórico de justificación: inferioridad natural femenina, carencia de las capacidades que definen el vínculo, falta de excelencia, indiferenciadas en la generalidad de su sexo, rivales en el amor, orientadas naturalmente a lo doméstico, etc. ¿Cómo interpretarlo?

Según Celia Amorós es característico del pensamiento filosófico producir dicotomías o conceptualizaciones diferenciales y contrapuestas. Pues bien, la dicotomía macho-hembra nunca aparece en filosofía en estado puro, sino reelaborada ideológicamente y envuelta en otras oposiciones: exterior-interior, público-privado, cultura-naturaleza, razón-sentimiento, individuo-género, etc., que van configurando *lo masculino y lo femenino*. El varón se define a sí mismo en oposición a la mujer, pero su posición hegemónica tiene como consecuencia que lo masculino no se objetive como masculino sino como neutro, como no marcado: lo *genérico humano*. Lo masculino se solapa con lo *genérico humano*, hombre-ser humano y hombre-varón se identifican. Por ello, las dicotomías o contraposiciones no se dan entre lo masculino y lo femenino, sino entre lo masculino convertido en genérico, en representativo de la especie, y lo femenino. Las mujeres son excluidas así de la humanidad ⑤. Esta exclusión de la humanidad en sentido estricto tiene como una de sus consecuencias la exclusión de las mujeres de la que se considera la más perfecta de las relaciones humanas: la amistad. Veamos cómo.

El requisito de la igualdad, de la no relación jerárquica entre los amigos, reduce la relación de amistad, tal y como hemos visto, a una relación entre pares. Pero entre varones y mujeres la relación es definida como de superior a inferior. Un varón no puede ser amigo de una mujer, no es un igual. Tampoco entre ellas pueden ser amigas, no son iguales entre sí, son *idénticas*. Para entender mejor esta idea debemos aclarar el término igualdad tal como nos lo explica Amelia Valcárcel. El concepto de igualdad se refiere a cierto tipo de relación entre individuos, una relación de homologación en un mismo rango de sujetos que son diferentes y perfectamente discernibles. El derecho a la diferencia, a ser uno mismo, se fundamenta en la igualdad y viceversa. Cada diferencia se valora como igualmente digna de respeto. Somos iguales porque tú eres tú y yo soy yo, individuos diferentes pero homologables. Sólo se disciernen los términos que se homologan. Así, la individualidad de cada uno la conceden los iguales ⑥.

La individualidad, ligada a la participación en lo público que es la que da significación social y posibilita la igualdad formal, es patrimonio del varón. Las mujeres son asociadas a lo *interior*, al espacio de lo *privado*. Por ello no acceden a la categoría de la individualidad, son conceptualizadas como *sexo-género*, idénticas unas a otras, los ejemplares individuales son irrelevantes. Como dice Celia Amorós el espacio de lo público es el espacio de la individuación, de los que se reconocen entre sí como iguales: diferentes en la semejanza. El espacio privado es el espacio de la no relevancia, en donde no hay prestigio ni reconocimiento social. Es el espacio de la indiscernibilidad, donde no se

⑤ Vid. C. Amorós, *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, Anthropos, Barcelona, 1985, pp. 31-37.

⑥ Vid. Amelia Valcárcel, «Las figuras de la heteronomía, del vosotras al yo», en *Mujeres y hombres en la formación del pensamiento occidental*, UAM, Madrid, 1989, pp. 87-96.

57 Vid. Amorós, C. *Tiempo de feminismo*, Cátedra, Madrid, 1997, pp. 194-204.

dan las condiciones para la reciprocidad. Lo mismo es una mujer que otra 58. Como consecuencia, las mujeres, en tanto género-sexo no están despegadas de la *inmediatez natural* y no pueden orientarse hacia el otro como individuos.

Pues bien, con estos *presupuestos teóricos sexistas* ¿cómo podría darse entre las mujeres la amistad que requiere la libre conjunción personal de dos individualidades? El discurso filosófico les resta esa posibilidad. Les niega capacidad para establecer relaciones de amistad en tanto que relaciones recíprocas e igualitarias y para asumir deberes que requieren ser sensibles a los derechos individuales del otro. Y ello a despecho de la realidad social de la amistad de las mujeres. Es más, Celia Amorós, refiriéndose al amor femenino, aventura la hipótesis de que las mujeres producen relaciones algo más individualizadoras que los varones («no por supuesto, por la superioridad ética de las mujeres, sino por razones que se derivan de ciertos precipitados simbólicos de los propios sistemas de dominación»). Es la sinrazón patriarcal la que excluye, limita y oculta a las mujeres y sus realizaciones 59.

Y para terminar, *una sospecha*. La relación de amistad no es sólo una relación libre entre iguales, existen otras relaciones interpersonales que también son voluntarias e igualitarias. Tampoco es una relación afectiva entre otras. Es necesario la conjunción de igualdad, libertad individual y amor profundo para que se dé la amistad. La amistad en el discurso filosófico parece tener su origen en la necesidad del varón, que se considera la representación de lo humano, de amar y ser amado con total libertad. Y quizás, sólo quizás, esa forma de amor sólo pueda realizarse con un igual, en este caso otro varón. La grandeza de este amor no estaría sólo en la dignidad de quien ama sino también en la dignidad de lo amado: un *alter ego*.

Tradicionalmente las relaciones interpersonales han estado muy formalizadas, el debilitamiento de las convenciones sociales que las regulaban permite pensar y establecer relaciones afectivas hasta ahora inexistentes y/o impensadas. La amistad, el parentesco y el amor, en su realidad y en su concepción, están viéndose afectados de múltiples formas.

Pensemos, por ejemplo, en la relación entre hermanos. Cierzo es que suele compararse al amigo íntimo con un hermano, pero es sólo una forma de enfatizar el afecto y la ayuda mutua, no de definir la relación. La voluntariedad en el origen determinaría la diferencia. No parece concebirse la posibilidad de la elección posterior, la revalidación libre e igualitaria de la relación entre hermanos. ¿Pueden los hermanos llegar a ser amigos en tal caso? Es decir, ¿puede elegirse al hermano no por hermano sino por ser quien es, una persona singular con quien construimos la amistad? ¿Por qué no? ¿No es acaso lo que sucede entre ciertas hermanas? El conflicto entre la exigencia de franqueza y la necesidad de asegurarse el afecto del amigo podría suavizarse en la relación entre hermanos que se quieren amigos. Advertir con franqueza puede interpretarse más fácilmente como presunta superioridad moral en el caso del amigo que en el del hermano-amigo. Por otro lado, en la relación entre hermanos el conflicto puede estar en otro sitio: entre la sinceridad y el deseo de evitar al hermano sufrimiento con la confidencia de nuestro propio dolor.

¿Y las relaciones entre los sexos? Las sociedades modernas (libertad, igualdad y fraternidad) parecen permitir, al menos potencialmente, la relación de igualdad entre mujeres y varones, contexto imprescindible para el cultivo de la amistad. Es evidente que el amor heterosexual, tal como ha sido concebido y posibilitado, no pretende una relación igualitaria. Pero la crisis de los géneros sociales masculino y femenino incide con fuerza también en el amor. Quizás por eso numerosas parejas que se empeñan en una relación de igualdad se describen a sí mismas como los mejores amigos.

En todo caso, la lúcida afirmación de Camus —«la amistad es la ciencia de los hombres libres»— sólo podrá adquirir pleno sentido cuando desaparezca la predeterminación por razón de sexo.

58 Vid. Amorós, C. *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, op. cit., p. 208.

Martial Raysse
L'Ange de la baie des Anges,
1971-1972

